

desaparecer la estravagancia del cuerpo. La voz del notario llegaba al corazon y le dominaba con la elocuencia de su probidad. Su única estratagema era ir derecho al asunto arrollando los obstáculos con preguntas precisas. Su rápido golpe de vista y su larga práctica le habian conquistado ese don de adivinar que franquea las conciencias y lee sus mas ocultos designios. Aunque grave y cuidadoso de sus negocios, nuestro patriarca poseia la jovialidad de nuestros antepasados. Maese Mathias era una noble reliquia de aquellos notarios grandes hombres sin fama, que nunca daban recibo al aceptar millones, pero que los devolvian en los mismos sacos que los recibieran; que ejecutaban al pié de la letra los fideicomisos y estendian decentemente un inventario; que se interesaban como segundos padres en los asuntos de sus clientes; que atajaban algunas veces á los pródigos en sus disipaciones, y á quienes las familias confiaban sus mas hondos secretos: en fin, uno de esos notarios que se creen responsables de sus errores en las escrituras y las meditaban largo

tiempo. Jamás durante su vida notarial pudo quejarse ninguno de sus clientes de haber perdido alguna imposicion ó de la mala colocacion de una hipoteca. Habia llegado á ser rico, pero lenta y honradamente despues de treinta años de ejercicio y economía. Estableció catorce de sus escribientes. Religioso y pródigo para el bien, encontrábasele siempre al lado del triste y del desamparado. Individuo de las juntas de los hospicios y beneficencia, inscribiase por fuertes sumas en las imposiciones voluntarias destinadas al socorro de infortunios súbitos ó á la creacion de algun establecimiento útil. No tenia coche, es verdad, pero su palabra era sagrada, sus sótanos guardaban tantos millones como los del Banco, todo el mundo le llamaba *el buen Mr. Mathias*, y cuando murió asistieron á su entierro mas de tres mil personas.

Solonet era el reverso de la medalla; creia que los negocios tan bien se ventilaban riendo como guardando un aire sério y grave; era capitán de la guardia nacional y se incomodaba de que le llamasen el capitán notario; habia solicitado la Legion de honor, tenia carruaje y

abandonaba á sus pasantes muchos de sus negocios: era uno de esos notarios que van al baile, al teatro, que compran cuadros y juegan al ecarté; que devolvía en billetes de banco lo que había recibido en oro: uno de esos notarios que caminan al nivel de la época y arriesga los capitales en especulaciones dudosas; cuya ambición es retirarse con treinta mil libras de renta á los diez años de práctica: un notario cuya ciencia provenía de su doblez y á quien muchos temían como á un enemigo por haberle confiado sus secretos: en fin, uno de esos notarios que ven en su oficio un buen medio para casarse con una rica y noble heredera.

Cuando nuestro rubio Solonet, rizado, perfumado, calzado como un dandy, vestido con arreglo al último figurín, entró precediendo á su viejo colega que se había retrasado á causa de la gota, representaban al natural una de esas caritaturas tituladas *ayer y hoy* que tanto ruido hicieron durante el Imperio. Madama y mademoiselle Evangelista, que no conocían al *buen Mr. Mathias*, no pudieron reprimir al verle una ligera sonrisa, pero prodújolas muy buen

efecto la gracia con que las saludó. Las palabras del buen viejo respiraban esa amenidad propia de los ancianos amables de que tan bien saben revestir sus ideas y la manera de expresarlas. El notario joven viose prostergado con su bullicioso acento. Mathias atestiguó la superioridad de su experiencia por el modo mesurado con que abordó á Pablo. Respetó la nobleza del joven sin comprometer sus canas, pues sabía que también la ancianidad tiene sus honores, y que todos los derechos son solidarios. El saludo de Solonet, al contrario, había sido la expresión del convencimiento de una igualdad completa, que debía herir precisamente las pretensiones de la gente del gran mundo y había de ridiculizarle á los ojos de las personas verdaderamente nobles. Al invitar á Mad. Evangelista para un aparte lo hizo con un gesto bastante familiar, y estuvo durante algunos minutos hablando en voz baja, sin duda comunicando el plan de batalla á su soberana.

—¿Y os atreveréis, dijo al terminar, á vender vuestro hotel?

—Sí, no hay duda; contestó ella.

Mad. Evangelista no quiso comunicar á su notario la razon de esta heroicidad que tanto le asombró: quizás el celo de su notario se hubiera enfriado si hubiese sabido que su cliente abandonaba á Burdeos. Tampoco habia dicho una palabra á Pablo á fin de no asustarle con lo estenso de las circunvalaciones que exigian los primeros trabajos de una vida política.

Despues de la comida los dos plenipotenciarios dejaron á los amantes al lado de la madre, y se trasladaron á un vecino salon destinado de antemano á su conferencia. Tenia, pues, lugar una doble escena; en un extremo de la chimenea del salon grande, una escena de amor en donde la vida aparecia gozosa y riante; en la otra estancia, una escena grave y sombría en donde el descarnado interes desempeñaba el papel de protagonista que siempre ejerce en todos los actos de la vida, á pesar de las flores con que le encubren los humanos.

—Mi querido maestro, dijo Solonet á Mathias, la escritura quedará en vuestro despacho, sóis mas antiguo que yo.

Mathias saludo gravemente.

—Pero, continuó Solonet desdoblado una minuta que habia hecho borrar por un escribiente, como somos la parte oprimida, porque representamos á la novia, he extractado el contrato para evitaros ese trabajo. Nos casamos con nuestros derechos y bajo un régimen de comunidad; donacion general y recíproca de bienes en caso de muerte sin herederos, ó si no, donacion de una cuarta parte del total de bienes en usufructo y otra cuarta en propiedad neta; la cuarta parte de lo que aporten los cónyuges constituirá la suma puesta en comunidad; el que sobreviva guardará los muebles sin estar obligado á inventario. Sencillo y claro como el día.

—Ta, ta, ta, dijo Mathias; yo no hago los negocios como quien canta una cancion. ¿Cuáles son vuestros derechos?

—¿Y los vuestros? contestó Solonet.

—Nuestro dote, continuó Mathias, lo constituyen, las tierras de Lanstrac que producen veintitres mil libras de renta limpia, sin contar los tributos: *item* las granjas de Guassol y de

Guadet estimadas en tres mil seiscientas libras de renta cada una: *item* el coto de Belle-Rose que dá por término medio diez y seis mil libras anuales: *item* una hermosa casa con patio y jardin, situada en Paris, calle de la Pepinière, y tasada en mil quinientos francos. Todas estas propiedades, cuyos títulos obran en mi poder, provienen de nuestra sucesion paterna y materna, esceptuando la casa sita en Paris que es adquisicion nuestra. Debemos añadir tambien el moviliario de nuestras dos casas, contando la de Burdeos, evaluada en novecientos francos, y el del castillo de Lanstrac, estimado en cuatrocientos cincuenta mil francos. Hé aquí la mesa, la mantelería y el primer servicio. ¿Qué aportais para el segundo servicio y para los postres?

—Nuestros derechos.

—Especificádes, querido colega, continuó Mathias. ¿Qué me aportais? Dónde está el inventario hecho cuando falleció Mr. Evangelista? Enseñadme la liquidacion, el empleo de vuestros fondos. Dónde están los capitales, si es que hay capital? Dónde están vuestras pro-

iedades, si es que las hay? Pronto, presentad vuestras cuentas de tutela y leednos lo que os dá ú os asegura vuestra madre.

—¿Ama el señor conde de Manerville á mademoiselle Evangelista?

—Quiere llamarla esposa suya, sino hay intereses encontrados, respondió el viejo notario. Yo no soy un niño; aquí hemos venido á tratar de negocios y no de sentimientos.

—El asunto fracasa si no poseeis generosidad de sentimientos. Hé aquí por qué, continuó Solonet. No hicimos inventario cuando falleció nuestro marido, somos española, criolla é ignorábamos las leyes francesas. Por otra parte nos hallábamos dolorosamente afectada, para pensar en miserables formalidades capaces solo en un corazon de hielo. Es público y notorio que el difunto nos adoraba, y que le hemos llorado amargamente. Si tenemos una liquidacion precedida de un principio de inventario, agradecédselo á nuestro segundo tutor, que nos obligó á establecer una situacion y crear una fortuna á nuestra hija, cuando retiramos de Lóndres las rentas inglesas, cuyo capital era

inmenso, y que deseábamos colocar en París, donde duplicábamos los intereses.

—No me vengais con tonterías. Existen medios de registro. ¿Qué derechos de sucesión habeis pagado al dominio? La cifra bastará para establecer las cuentas. Vamos derecho al asunto. Decidnos francamente lo que os rentaba y lo que os queda. Despues veremos si estamos ó no enamorados.

—Si os casais con nos por el vil interés, id á paseo. Tenemos derecho á mas de un millon, pero á nuestra madre no le queda mas que este hotel, sus muebles y cuatrocientos mil y pico de francos empleados el año 1817 en títulos del cinco por ciento que producen cuarenta mil de renta.

—¿En qué consiste que gastais un lujo que necesita cien mil francos de renta al menos para sufragarlos? exclamó aterrado Mathias.

—Nuestra hija nos cuesta un ojo. Además, nos gusta la ostentacion: vuestras lamentaciones no nos harán recobrar un solo céntimo.

—Con los cincuenta mil francos de renta que pertenecian á Natalia, podiais haberla educado

brillantemente sin arruinaros. ¡Si tanto habeis gastado cuando soltera, que será cuando casada!

—Entonces dejemos esto: la jóven mas hermosa del universo debe siempre gastar mas de lo que tiene.

—Voy á decir dos palabras á mi cliente, dijo entonces Mathias.

—Anda, anda, mi viejo Casandro, vé á decir á tu cliente que no poseemos un céntimo, pensó maese Solonet, quien en el silencio del gabinete habia dispuesto estratégicamente sus masas, escalonado sus proposiciones y llevado la batalla á un extremo en que los dos ejércitos, creyéndolo todo perdido, se verian obligados á una feliz transaccion, honrosa para su cliente.

El blanco vestido de Natalia, su gracioso peinado y su diminuto pié producian su efecto y arrastraban á Pablo al punto donde queria encontrarle su suegra: deseaba á su futura como un sátiro podia desear á una ninfa: sus miradas, termómetro infalible del alma, revelaban esa pasion que induce al hombre á cometer mil barbaridades.

—Es tan hermosa Natalia, decía al oído de su suegra, que concibo el frenesí que nos impele á satisfacer un deseo, aun á costa de la vida.

Mad. Evangelista respondió inclinando la cabeza.

—¡Palabras de enamorado! Mi esposo no me tributó ninguna de esas bellas frases, y sin embargo no vaciló, á pesar de mi pobreza, en darme el título de esposa.

—¿Es eso una lección que quereis darme? dijo Pablo riendo.

—Bien sabeis cuanto os amo, hijo mio, dijo estrechándole una mano. Además, ¿no se necesita amaros mucho para entregaros á Natalia?

—Entregarme, dijo la jóven riendo y agitando su abanico. ¿Qué decís ahí en voz tan baja?

—Decía, exclamó Pablo, cuánto os amo, ya que la decencia me prohíbe decíroslo á vos en persona.

—¿Por qué?

—No me atrevo.

—Teneis demasiado talento para no saber

manejar la lisonja. ¿Quereis que os diga el concepto en que os tengo..... Pues bien: teneis mas talento del que debe tener un hombre enamorado. Ser la *fleur des pois* y tan espiritual, añadió bajando los ojos, son demasiadas ventajas. Yo tampoco me atrevo.....

—¿A qué?

—No hablemos de esto. ¿No es verdad, madre mia, que esta conversacion es peligrosa cuando aun no está firmado el contrato?

—Va á estarlo, dijo Pablo.

—Tengo deseos de saber lo que se dicen Aquiles y Nestor, dijo Natalia, indicando la puerta del gabinete con una mirada.

—Hablan de nuestros hijos, de nuestra muerte y de otras parecidas frioleras: cuentan nuestros escudos para decirnos si podremos contar siempre cinco caballos en la cuadra: tambien se ocupan de las donaciones, pero yo les he prevenido.

—¿Cómo? exclamó Natalia.

—¿No me entrego yo en cuerpo y alma? contestó Pablo, fijando una mirada en la jóven, cuyo rostro se tiñó de vivo carmin.

—Madre mia, ¿cómo podré agradecer tanta generosidad?

—Hija de mi alma, ¿no tienes tú vida entera para pagarla? No es preferible una felicidad inalterable á un dote de millones? Yo tambien me casé pobre.

—¿Os gusta Lanstrac? dijo Pablo á Natalia.

—¿Cómo no ha de gustarme una cosa vuestra? contestó ella. Tambien desearia ver vuestra casa

—Nuestra casa, corrigió Pablo. Quereis saber si he adivinado vuestros gustos. Vuestra madre ha sabido contentaros, habeis sido feliz á su lado, pero cuando el amor es infinito nada hay para él imposible.

—Hijos míos, dijo Mad. Evangelista, ¿podreis permanecer en Burdeos durante los primeros dias de vuestro matrimonio? Si os sentís con el valor necesario para desafiar al mundo que os conoce, os espia y os disgusta, sea; pero si los dos experimentais ese pudor que el alma encierra y no es posible espresar, marcharemos á Paris, torrente en donde se perderá

vuestra luna de miel. Allí podreis vivir como unos amantes, sin esponeros al ridículo.

—Teneis razon, madre, no habia pensado en ello. Pero apenas tendré tiempo para preparar mi casa. Esta tarde escribiré á Marsay, el único de mis amigos con quien puedo contar para tal encargo.

En el momento mismo en que Pablo, como los niños acostumbrados á satisfacer sus deseos sin calcular consecuencias, se obligaba inconsideradamente á todos los gastos de una larga permanencia en Paris, maese Mathias entró en el salon y pidió permiso para decir una palabra á su cliente.

—¿Qué hay, amigo mio? preguntó Pablo, dejándose arrastrar hácia una ventana.

—Señor conde, dijo el honrado notario, no hay dote. Aplacemos la cuestion para otro dia, á fin de que podais adoptar el partido que mas os convenga.

—Mr. Pablo, dijo á esta sazón Natalia, yo tambien quisiera deciros dos palabras.

Aunque Mad. Evangelista en apariencia permanecia tranquila, jamás sufrió judío alguno

de la edad media condenado á morir en una caldera llena de aceite hirviendo, tan horrendo martirio, como el disimulado por aquella estátua de carne revestida de terciopelo violeta. Solonet la habia garantido la victoria, pero ignoraba los medios, las condiciones del triunfo y sufría la horrible angustia de las alternativas. Quizás debió su triunfo á la desobediencia de su hija. Natalia habia comentado las palabras de su madre, cuya inquietud era visible para ella sola. Cuando vió el buen éxito de su coquetería, mil pensamientos contradictorios se agolparon á su mente. Sin vituperar á su madre, se avergonzó á medias de una intriga, cuyo precio era un lucro vulgar. Quiso además llevar su curiosidad al extremo de saber si Pablo la amaba lo suficiente para mirar con indiferencia las dificultades previstas por su madre y que la denunciaba el rostro un tanto sombrío de Mathias. La mas negra perfidia, no hubiera sido tan peligrosa acaso como aquel arranque de lealtad hija de su inocencia.

—Pablo, le dijo en voz imperceptible, llamándole así por primera vez, si algunas dificultades

tocante á intereses pudiesen separarnos, pensad que desde ahora os desobligo de vuestras promesas y os permito que arrojéis sobre mí el desfavor que resultare de una ruptura.

Fué tan digna la espresion de su generosidad, que Pablo creyó en el desinterés de Natalia; estrechó una mano de la jóven y la besó como hombre que tiene en mas el amor que el dinero. Natalia salió.

—Diablo, señor conde, habeis hecho una tontería, exclamó Mathias.

Pablo quedó pensativo: creia contar con unas cien mil libras de renta reuniendo la fortuna de Natalia á la suya, y por enamorado que un hombre esté, no pasa sin emocion de ciento á cuarenta y seis mil libras cuando acepta á una jóven habituada al lujo.

—¿No está ahí mi hija? preguntó Mad. Evangelista, avanzando magestuosamente hácia su yerno y el viejo notario, ¿podreis decirme lo que sucede?

—Señora, contestó Mathias aterrado del silencio de Pablo, ha surgido un inconveniente que dilata.....

En aquel momento, Solonet salió del gabinete y cortó la palabra á su viejo colega con una frase que devolvió la vida á Pablo. Asustado por el recuerdo de sus galantes palabras, por su amorosa actitud, Pablo no sabia, ni cómo desmentirlas, ni cómo crearse otra situación. Hubiera deseado que se lo tragase la tierra.

—Solo hay un medio para arreglar esto, dijo el joven notario con desenvuelto tono. Madama Evangelista tiene cuarenta mil libras de renta en títulos del cinco por ciento, cuyo capital estará dentro de poco á la par; podemos contar, pues, con ochocientos mil francos. Este hotel y su jardín valen muy bien doscientos mil francos. Esto convenido, la señora puede traspasar por el contrato la propiedad neta de estos valores á su hija, pues no creo que intente el señor conde dejar sin recursos á su suegra.

—¡Qué desgraciadas somos las mugeres que no entendemos de negocios! ¿Qué significa lo que habeis dicho?

Pablo estaba sumido en una especie de éxtasis oyendo aquella transacción. El viejo notario,

viendo la red tendida y á su cliente ya enredado en ella, murmuró:

—Creo que se burlan de nosotros.

—Si la señora sigue mi consejo, disfrutará de tranquila paz, continuó Solonet, y no la inquietarán menores. ¡Quien sabe el que morirá primero! El señor conde reconocerá pues en el contrato, haber recibido la suma total perteneciente á Mdlle. Evangelista por herencia de su padre.

Mathias no pudo reprimir su indignación, y dijo temblando de cólera.

—Y esa suma asciende á.....

—Un millon ciento cincuenta y seis mil francos, según acta.

—¿Por qué no pedís que el conde de Manerville haga *hic et nunc* donación de sus bienes á su futura esposa? Esto sería mas franco y mas sencillo. Me retiro; no quiero presenciar la ruina del conde de Manerville.

Dió un paso hácia la puerta con el fin de enterar á su cliente de la gravedad de aquellas circunstancias, pero se rehizo y se dirigió á Mad. Evangelista.

—No creais, señora, que os hago solidaria de las ideas de mi colega. Os tengo por una honrada señora poco práctica en los negocios.

—Gracias, querido colega, dijo Solonet.

—Entre nosotros nunca hay injuria, le contestó Mathias. Señora, sabed al menos el resultado de estas estipulaciones. Sois bastante jóven y bella para contraer segundas nupcias. ¡Dios mío! añadió el viejo al notar un gesto de madama Evangelista, ¿quién puede responder de sí mismo?

—No creo, caballero, que despues de siete años de viudez y haber rehusado brillantes partidos por amor á mi hija, vaya á cometer ahora, á los treinta y nueve años, semejante locura. Si no fuese por las circunstancias, esa suposicion me pareceria una impertinencia.

—¿No seria mas impertinente, creer que no os podeis ya casar?

—De querer á poder, va alguna diferencia, dijo galantemente Solonet.

—Pues bien, no hablemos de vuestro matrimonio, pero puede suceder, y todos os lo deseamos, que vivais aun cuarenta y cinco años,

vuestros hijos perderán las rentas de la herencia de Mr. Evangelista, puesto que vos conservais el usufructo.

—¿Qué significa esa frase?

Solonet se echó á reir.

—Voy á traduciroslo, continuó el viejo. Si vuestros hijos son prudentes pensarán en su porvenir. Pensar en el porvenir es ahorrar la mitad de la renta, para que en la suposicion probable de que tengan dos hijos, poderles dar una brillante educacion y despues un grueso dote. Vuestra hija y vuestro yerno se verán de este modo reducidos á veinte mil libras, cuando uno y otro están acostumbrados á gastar cincuenta. Y esto es nada. Llegará un dia en que mi cliente deberá dar cuentas á sus hijos de un millon cien mil francos, y esta suma quizás no la haya recibido, aunque muerta su esposa continueis vos viviendo, lo cual puede suceder. En conciencia, firmar ese contrato, ¿no es arrojarse en la Gironda atado de pies y manos? ¿Quereis hacer la felicidad de vuestra hija? Si ama á su marido, tambien participará de sus penas, pero en este caso no podria soportarlas;

moriria de dolor, pues se veria en la miseria. Sí, señora, para quienes necesitan cien mil francos de renta, son la miseria veinte mil. Si por exceso de amor, el conde cometiese alguna locura, su muger le arruinaría al retirar su dote el dia en que le aconteciese una desgracia. Aquí abogo por vos, por ellos, por sus hijos, por todo el mundo.

—El viejo ha disparado toda su artillería, pensó Solonet lanzando una mirada á su cliente como para decirle—Vamos.

—Hay un medio de conciliar los intereses, respondió con calma Mad. Evangelista. Puedo reservarme yo una pensión para poder entrar en un convento y ceder mis bienes. Renunciaré al mundo, si mi muerte anticipada asegura á mi hija la dicha.

—Señora, es menester pensar maduramente el partido que concilie todas las dificultades, dijo Mathias.

—¡Dios mio! exclamó Mad. Evangelista que veía su pérdida en una próroga, todo está ya pensado. Ignoraba lo que era el matrimonio en Francia, soy española y criolla. Ignoraba que

para casar á mi hija, era menester averiguar el número de dias que me restan de vida, y que mi hija sufriria mientras yo viviese. Cuando me casé, no poseia yo otro caudal que mi nombre y mi persona. Mi nombre solo era apreciado por mi esposo mas que todos sus tesoros: mi dote era la virtud, la felicidad, la belleza, el nacimiento y la educacion. ¿Posee el dinero estos tesoros? Si oyese nuestra conversacion el padre de Natalia, su alma generosa seria infeliz entre los placeres del paraíso. He disipado, quizás locamente, algunos millones, sin ver en él el mas pequeño fruncimiento de cejas, y desde su muerte me he hecho económica y hasta avara, comparando mi vida presente con la de entonces. Rompamos pues: corremos por lo sano. Mr. de Manerville se halla tan apurado que yo.....

Estas palabras introdujeron el desorden en la conversacion. Aquellas cuatro personas tan bien educadas hablaron todas á la vez.

—En España se casarán á la española y como se quiere, pero en Francia nos casamos á la francesa y como se puede.